

UN CUENTO DESCONOCIDO DE ENRIQUE SIENKEWICZ

La escuela tradicionalista polaca, secuencia del romanticismo, se dedicó preferentemente a la novela histórica. Su representante más genuino fue Henryk Sienkewicz (1846-1916) con sus novelas históricas, de las cuales la más conocida y vertida —*QUO VADIS*— es, además, un gran estudio arqueológico de la Roma imperial. Pero por encima de su magistral novelística de reconstrucción se estiman sus novelas de temas nacionales —*A fuego y espada*, *El Diluvio*, *Micer Wolodyjowski*— evocaciones de la epopeya polaca; y por sobre todas *Los Cruzados*, joya auténtica de la literatura universal.

Con todo, el máximo timbre en el nombre literario de Sienkewicz son sus narraciones breves —*Liliana*, *El Torero*, *Janca el músico*, *Sueño profético*— que destacan al estilista, al sicólogo realista y sutil, émulo de Dickens, con un límpido humorismo de ternuras y de simpatía con los desheredados.

Es característica en Sienkewicz, y no de las menores, su dilección por lo español, de lo que dan fe sus libros de viajes, en uno de los cuales figuran las policromas páginas de *La corrida de toros en España*.

El cuento que insertamos es toda una curiosidad literaria. El bibliotecario de la Universidad Católica de Lublin (Polonia), Zbigniew Sudrauski, lo encontró en alguna vieja revista polaca, y en correspondencia al envío que nos pidiera del libro "Poemas" de Elvira Lascarro Mendoza, nos lo envió en traducción al francés bien lograda por él mismo; seguramente la circunstancia del escenario colombiano en la narración, dióle a Sudrauski motivo para tan delicado detalle de amistad epistolar.

Henryk Sienkewicz fue el premio Nobel de literatura en 1905. Once años después, exactamente septuagenario, murió en Suiza.

C. L. N.

EL GUARDAFARO

Llegó justamente el día en que desapareció el guarda-faro de Colón, ciudad cercana a Panamá. El desaparecido no dejó huella alguna y se supone que, durante el temporal, el desgraciado debió acercarse mucho al borde del islote rocoso y fue barrido por una ola. La anterior teoría cobró más fuerza al día siguiente, pues no se encontró la canoa de la víctima, que siempre estaba amarrada en las cercanías.

Quedó vacante, entonces, el puesto del desaparecido, que debía ser llenado cuanto antes, pues el faro es de vital importancia tanto para las comunicaciones locales como para indicar la ruta de los grandes navíos que trafican entre Nueva York y Panamá. El Golfo de Mosquitos es un reguero de bancos de arena que hacen difícil la navegación hasta en las horas del

día; y, por la noche, cuando se levanta una súbita bruma de las aguas recalentadas por el sol de los trópicos, se hace imposible. Es imprescindible, así, que la luz del faro sirva de guía a las embarcaciones.

De lo expuesto provenía la urgencia del Cónsul de los Estados Unidos, residente en la ciudad de Panamá, para encontrar un nuevo guarda-faro. Hacía mayor la prisa por encontrar un reemplazo el hecho de que el faro debía estar encendido dentro de doce horas, con el agravante de que el candidato debía ser un hombre con gran sentido de la responsabilidad. Para colmos, los candidatos para el puesto eran escasos, pues el encierro en la torre no era asunto agradable a los ojos de los hombres del mediodía, acostumbrados a una vida libre y errabunda. El guarda-faro es, virtualmente un prisionero, que no puede abandonar su islote rocoso sino los domingos. Desde Colón, un bote, viene diariamente a dejarle la provisión de alimentos y a renovar el agua potable; luego, los hombres que prestan este servicio, vuelven al puesto y el desdichado no ve un rostro en millas a la redonda.

El habitante del faro tiene la obligación de mantener su interior en orden y hacer señales durante el día con banderas de diferentes colores, según las indicaciones del barómetro; por la noche, debe encender el fuego. Sería un trabajo fácil, si no hubiera que subir hasta la cima de la torre varias veces al día. En general, es una vida monacal, si no la de un hermitaño.

No era tan sorprendente, con esos detalles, que Mister Isaac Falconbrige, se hallara en el apuro de encontrarle sucesor a un empleado desaparecido de una manera tan inopinada.

De repente se presentó ante él un hombre. Era un hombre ya viejo, de setenta o más años de edad, erguido, con el porte y la arrogancia de un soldado. Sus cabellos eran blancos, el cutis trigueño como el de los nativos; pero, gracias a sus ojos azules podía adivinarse que no era un hombre del mediodía. Su semblante era triste y abatido, pero inspiraba confianza. Al primer golpe de vista, Mister Falconbridge simpatizó con él. Después de examinarle, surgió una conversación:

—¿De dónde es usted? .

—Soy polonés.

—¿Qué oficio ha ejercido antes?

—Corría el mundo.

—El guarda-faro debe amar la vida sedentaria.

—Ya tengo necesidad de reposo.

—¿Con quién ha trabajado? ¿Tiene certificados gubernamentales?

El anciano sacó de su seno un trapo de seda descolorido, muy semejante a un retazo de vieja bandera, y la desenvolvió, mientras decía:

—He aquí mis certificados. Esta cruz, fue premio de la guerra del treinta; esta otra es española: me la dieron en la guerra Carlista; la tercera es la legión francesa; la cuarta me la dieron en Hungría, antes

de venir a luchar por los Estados Unidos. Aquí no me dieron medalla, sino un mero papel. Mírelo usted.

Falconbridge tomó el papel y empezó a leer:

—¡Anja! ¿Skawinski, no? ¿Es su nombre? ...! Hunjú...! Dos banderas capturadas con sus propias manos en cargas a la bayoneta... ¡Es usted valiente guerrero!

—También seré un guarda-faro eficiente!

—Muchas veces al día hay que subir a la cima del faro... ¿Tiene las piernas fuertes?

—He cruzado la llanura a pie!

—Muy bien...! ¿Conoce los servicios marítimos?

—Fui tripulante de un ballenero.

Entonces... ¿Como que ha probado distintas profesiones?

—Lo único que no he probado es la calma.

—¿Por qué?

El anciano encoge los hombros:

—Es el destino!...

—Pero, para guarda-faro, me parece muy viejo...

—Señor! —exclama el anciano con voz emocionada— Estoy muy cansado y he andado, como veis, demasiado. Ese puesto es uno de los que he deseado tener, porque ya soy viejo y necesito reposo. Tendré que decirme: allí permanecerás para siempre, ese es tu puerto. Y eso, excelencia depende de vos. No habrá para mí otra oportunidad de una plaza semejante. ¡Qué feliz circunstancia la de haberme encontrado en Panamá!... Señor, os suplico en nombre de Dios...! Soy una nave que se irá a pique, si no da con el puerto... Si queréis hacer feliz a un anciano... Os juro que soy hombre honrado, pero...! Cansa tanto esta vida trashumante...!

Los ojos azules del viejo elevaban una súplica tan ferviente que el cónsul, de corazón bueno y simple, se sintió emocionado.

—¡Está bien!— le dijo. Quedas aceptado; eres el guarda-faro.

El rostro del agraciado se llenó de indescriptible alegría.

—Gracias —dijo—.

—¿Estarás listo para irte hoy mismo a la torre?

—Sí.

—Entonces, adiós...! Y una advertencia: la primera falta al servicio, pierdes el puesto.

—Comprendo.

Y la misma noche, oculto el sol ya tras el otro lado del istmo, el nuevo guarda-faro debió estar en su puesto, pues el faro lanzó sobre las aguas, como siempre su haz de luz temblorosa. La noche era tranquila y

silenciosa como las trunales del trópico. Solo el mar se agitaba. Skawinski estaba de pies en el balcón, cerca de la gran llamarada, y, visto desde la base era solo un punto negro. Aunque trataba de concentrarse y analizar su nueva situación, le era imposible, pues tenía que estar atento a la presión; sentía lo que debía sentir la presa que logra burlar sus perseguidores trepándose a lo alto de una roca escarpada o perdiéndose en las interioridades de una gruta. Llegaba por fin para él la época de calma; y este sentimiento de seguridad le llenaba el alma de un deleite indefinible. Ahora sí podía, desde su islote, maldecir la vida errante pasada y las desgracias y malaventuras que lo habían acompañado. Ciertamente, era como un navío cuyos mástiles fueron despedazados por la tempestad y cuyas velas y cordajes desflecados corrieron la misma suerte; era como el mercante que, aventado por los chubascos hasta el fondo del abismo, cubierto por las olas y la espuma negra, pese a todo, llegar a puerto. Las imágenes de la tempestad de su existir pasaban raudas por la mente, epuestas al porvenir tranquilo que le esperaba.

La parte más singular de las aventuras las había contado a Falconbridge, pero le había ocultado buena parte de las mismas.

Había en él una suerte de hado fatal que le apagaba la lumbre del hogar cuantas veces intentaba encenderla; era como un viento fuerte que no solo menguaba y dispersaba al fuego, sino que le aventaba a la adversidad. Ahora, mirando desde la altura las olas iluminadas, le venía al pensamiento todo lo sufrido. Durante su vida errante por las cuatro puntas del globo, él había ensayado todo, laborioso y honesto como era, ganó mucho dinero en ocasiones y otras tantas lo perdía, pese a todas sus provisiones y a su reconocida prudencia.

Fue minero en Australia, buscador de diamantes en Africa, cazador en la India; una vez sembró chaera en California, y la sequía la arruinó; ensayó comerciar con las tribus salvajes del interior del Brasil; su embarcación zozobró en el Amazonas y anduvo varias semanas perdido en los bosques, alimentándose con frutas, expuesto a morir en las fauces de animales feroces; puso una fragua en Arkansas y se la destruyó el fuego, consumiendo también la población; casi inmediatamente, cayó en manos de los indígenas de las montañas Rocosas, siempre rescatado por cazadores canadienses; fue marinero en un navío que iba de Bahía a Boudeaux y luego arponero de un ballenero. Ambas naves zozobraron.

Después fue a La Habana y estableció una fábrica de cigarros, pero fue robado por su socio cuando se encontraba en cama, víctima de los vómitos.

Al fin, vino a parar a Colón, donde debía terminar sus desgracias. ¿Qué podría cansarlo en esta isla rocosa? Ni el agua, ni el fuego...! Ni los hombres...! Aunque de estos no había recibido muchos sinsabores; pues, por el contrario, encontró en su camino más bondadosos que malvados. A su parecer, eran los cuatro elementos sus enemigos más encarnizados. Todos los que tuvieron oportunidad de conocerle, decían que no hallaba oportunidades en la vida. El les explicaba que todo se debía al agua, al aire, la tierra y el fuego.

Así, llegó a desarrollar ciertas manías, como la de creer que una mano poderosa y vengativa le perseguía por todas las tierras y por todos los mares. Como no hablaba mucho, en los casos en que le interrogaban sobre la misteriosa mano, señalaba la estrella polar y explicaba que todo venía de allá...

En verdad, eran tantos y tan seguidos sus insucesos, que bien podía obnubilarse la mente, sobre todo la de un hombre que como él había probado los infortunios en carne propia.

Pero al lado de esto, era poseedor de la paciencia de un salvaje y una capacidad de resistencia, grande y apacible, originada en la simplicidad de su corazón. Tal vez esa simplicidad le hacía luchar contra la adversidad, con la constancia de una hormiga que trepa lentamente, reposa cien veces, y vuelve a comenzar la faena por la céntesima y primera vez. Era un ejemplo excepcional de la especie ese viejo soldado, forjado, sabe Dios en qué fuego, endurecido por la miseria, vencido; pero con un corazón de niño. Durante la epidemia de malaria en Cuba, cayó su víctima, porque, teniendo una gran provisión de quinina, la repartió toda y no pensó en reservar un dosis para sí.

Intimamente tenía la seguridad de que, después de tantas decepciones, como la plena confianza que alberga, las cosas serían mejores en adelante; en invierno se reanimaba siempre y profetizaba para sí ciertos acontecimientos, los que esperaba impacientemente. En eso gastó muchos años hasta que, pasando un invierno tras otro, se dio cuenta que sus cabellos blanqueaban, que estaba envejeciendo y perdía su antigua energía. Su calma era bien parecida a la resignación y el endurecido soldado se convertía en un muro de lamentaciones, presto a soltarse en lágrimas por cualquier insignificancia; de tiempo en tiempo lo consumía la nostalgia, motivada por diversas causas: ver las golondrinas, los pájaros grises que le recordaban los gorriones, la nieve de las montañas a una melodía con dejos de otras escuchadas antes... En fin, una idea le obsedía: la del reposo. Era la idea de envejecer la que no le daba ocasión para desear nada ni esperar nada. Para un viejo vagabundo no había nada tan anhelado, nada tan querido, como un rincón tranquilo donde esperar los últimos días. De seguro lo miserable de su suerte, que lo arrojó a todos los mares y a todos los países hasta perder los bríos, le tenían convencido de que la mayor dicha humana era no andar de un sitio a otro. Para ser sinceros, su sueño era muy modesto; pero, sus anteriores decepciones, se le mostraban como irrealizables y no se atrevía siquiera a tener un esperanza. Pese a tal cosa, hacía doce horas había recibido sorprendentemente un puesto que parecía escogido para él, entre todos los del mundo. No tiene, pues, nada de sorprendente que esa noche, al encender la luz del faro, se sintiera como aturdido, preguntándose si era sueño o realidad y temiendo darse una respuesta afirmativa.

Sin embargo la realidad le mostraba pruebas rotundas, mientras las horas pasaban una tras otra. Tenía que convencerse mirando el mar como por primera vez. Los relojes de Colón dieron la media noche. El estaba arriba, en el aire, en la altura mirando. El faro arrojaba a las tinieblas su haz luminoso, alrededor del cual se perdían las miradas del viejo en

las lejanías misteriosas y terribles. Para el abstraído anciano, no obstante, las lejanías parecía acercarse a la luz; las olas altas salían de las tinieblas y se precipitaban rumorosas a romperse contra el islote, mientras el solitario contemplaba las espumas que la claridad tornaba rosáceas; el flujo aumentaba paulatinamente e inundaba los bancos de arena; el sonoro lenguaje del océano se escuchaba pleno, poderoso y alto, semejante a una carga de artillería, al murmullo de los bosques inmensos o al susurro de múltiples voces humanas.

Después se calmaba un instante, para que al viejo llegaran los que al parecer eran suspiros o sollozos; luego terminaban al llegarle las terribles explosiones; el viento empujaba la bruma y traía, en cambio, nubes negras que cubrían la luna; del oeste soplabá un ventarrón más fuerte por momentos; las olas se empecinaban contra la isla rocosa, cubriendo de blancas lechadas los basaltos; en la lejanía, el vozarrón de la tempestad; y en la extensión sombría se agitaban puntitos verdes en los mástiles de los navíos, luces que tan pronto subían o bajaban, se inclinaban a derecha o izquierda.

Skawinski bajó a su lecho, pues ya estaba allí la tempestad. Allí, en los alrededores, los barcos luchaban en la noche contra las tinieblas, contra las olas; pero en su alcoba gozaba de calma y silencio. Ni los ruidos de la tromba atravesaban las paredes del faro y solo los tic-tacs del reloj mecían al viejo, como una canción de cuna.

— II —

Las horas, los días, las semanas, pasaban con rapidez...

Los marineros sostienen que en ocasiones, cuando el mar se desata, oyen algo que los llama por sus nombres desde la noche y las tinieblas. Y si el ancho mar es capaz de llamar a los hombres, también otro infinito, más sombrío y misterioso, clama por ellos, sobre todo cuando han envejecido. Y cuando llama a un fatigado de la vida, son más dulces y placenteros los reclamos.

Solo es necesario el silencio para oírlos, cosa fácil para la vejez que ama la soledad como el anticipo de la tumba. Y para Skawinski el faro era ya una especie de sepulcro. Nada más monótono que la vida en una torre.

Si un joven aceptara un cargo semejante, lo abandonaría después de corto tiempo. El guarda-faro debe ser un hombre de edad, sombrío, poco comunicativo; si por un azar abandona su cárcel y va hasta el pueblo, marcha por las calles como si hubiese despertado de un profundo sueño; en su torre le faltan las impresiones cotidianas que enseñan a los demás a quererlo. Sus puntos de referencia son inmensos, sin contornos definidos: el cielo, el agua y, en medio de dos infinitos el alma humana y su soledad!

Tal clase de vida hace que el pensamiento esté en meditación constante, sin un agente que intervenga para interrumpir la abstracción; los días son idénticos a un astro y solo las variaciones del tiempo hacen las diversiones; pero Skawinski se sentía feliz en este medio como nunca lo

vidrios del faro y luego se sentaba en el balcón a admirar la lejanía y a solasarse con las imágenes que pasaban ante sus pupilas. Habitualmente sobre la extensión color de turquesa se veían los grupos de velas infladas que brillaban a la luz del sol, tan fuerte que los ojos se obnubilaban con los resplandores; los veleros empujados por los alisos marchaban en hileras, uno de otro, como una bandada de gaviotas o albatros. Las bayas rojas que indicaban la ruta se balanceaban en las aguas tranquilas y cada día, a las doce, aparecía entre las velas un penacho de humo grisáceo, eran los trasatlánticos que transportaban viajeros y mercancías para Colón, dejando tras sí una blanca estela. Por el extremo opuesto del balcón, el solitario divisaba nitidamente el puerto con su enjambre de mástiles, chalupas; un tanto más distantes, las casas y las calles del pueblo. Desde la altura, Skawinski veía las casas blancas como nidos de gaviotas, las canoas como escarabajos y los hombres como puntos negros sobre las albas de piedras de las calles. En las mañanas el vientecillo del Este le traía los sonidos confusos de la vida humana, opacados con las sirenas de los grandes barcos. Al mediodía, era hora de la siesta y cesaba el movimiento portuario; las gaviotas se refugiaban en las oquedades del acantilado, las olas se hacían tenues y hasta perezosas; y sobre la tierra, el agua y el faro reinaba un silencio mortal. Las arenas amarillas, de las que el mar había retirado, brillaban como un punto de oro; el poste del faro se destacaba nítido contra el azul; los fuertes rayos del sol se proyectaban sobre el agua, sobre las rocas y la arena; y entonces el anciano se sentía abatido por una modorra llena de dulzura; pensaba que tal dulzura, exquisita para el pobre, le duraría mucho, pensamiento que le satisfacía completamente. Estuvo en su vida. Se levantaba al alba, tomaba el desayuno, limpiaba los El solitario no cabía en tanta felicidad y, porque el ser se acostumbra pronto a una vida mejor, readquirió su fe y su esperanza. Ya pensaba de este modo diferente: "si los hombres construyen hospitales para sus inválidos, por qué no podría Dios dar asilo a los suyos también?" El tiempo transcurrido le reafirmó esta convicción. El viejo se familiarizó con su torre, su faro, su roca escarpada, los bancos de arena y la soledad; entabló confianza con las gaviotas que hacían los nidos en la roca y por la tarde se reunía con las voraces amigas para darles los restos de su comida. Era de ver la nube blanca que lo rodeaba entonces; pero el anciano caminaba entre ellas como un pastor entre el rebaño.

Cuando bajaba la marea, le encantaba ir a los bancos de arena a aprovisionarse de conchas y moluscos, dejados allí por las aguas; durante la noche, después de encender el faro, pescaba abundante. En fin, estaba enamorado de su islote yermo y musgoso; porque lo pobre de la isla se compensaba con la perspectiva del horizonte, de la cual gozaba especialmente en el mediodía, hora en que la atmósfera parecía de cristal y permitía ver todo el istmo hasta el Pacífico, cubierto de exuberante vegetación. A Skawinski se le antojaba estar ante un jardín de maravilla, las plantaciones de cocoteros y plataneras semejaban cascos empenachados alrededor de las casas de Colón; más lejos, entre este puerto y Panamá, se extendía una inmensa selva, desde la cual se levantaba por las mañanas la bruma propia de las vegetaciones del trópico, húmedas, laberínticas de bejucos, adornadas por orquideas multiformes, con palmeras, árboles del pan y de látex.

Gracias al telescopio del faro, el viejo podía no solamente ver los árboles, las largas hileras de platanales, sino también las herdas de macacos, las bandadas de marabús y los loros que se elevaban en una nube que escondiera el arco iris.

Skawinski, desde su naufragio en el Amazonas, conocía muchas selvas como esta y le había tocado errar en ellas entre sus paredes verdes y cerradas. Sabía, por lo mismo, cuantos peligros mortales se escondían tras su aparente belleza; durante su desgraciado naufragio la tocó oír por las noches a los buhos agoreros y los ronrones de los jaguares; vio grandes sierpes balancearse como lianas sobre los árboles; conocía las lagunas somnolientas, plagadas de cocodrilos; sabía en qué peligros vivía el hombre en las selvas sombrías, donde cada hoja era diez veces más alta que él; había probado en su piel las picaduras mortales de los mosquitos y las arañas venenosas. No existía nada que no le conociera ni le soportara a esos berengenaes que ahora veía con tanto placer desde su telescopio, bien protegido de sus peligros. Su torre era una especie de barrera contra todo mal. Solo la abandonaba un rato los domingos por la mañana, ataviado con su uniforme de plateados botones, las condecoraciones en el pecho; entonces su cabeza blanca se levantaba con una especie de arrogancia, sobre todo cuando se escuchaba a los nativos decirse: "Tenemos a un valiente como guarda-faro, y no a un maldito hereje gringo".

Acabada la misa, regresaba presto a su isla, feliz, pues no era mucha la confianza que le tenía a la tierra firme. Leía. Compraba en el pueblo un diario español, cuando Falnbridge no le prestaba el "Heraldo" de Nueva York, en el que devoraba las noticias de Europa. ¡Pobre y viejo corazón...! Dentro de la torre y en ese rincón del globo, latía de amor por su país...

En ocasiones, que se podrían tildar de extrañas, al arribar la canoa que le reaprovisionaba, bajaba a conversar con John, el guardián del puerto. Por lo demás, se había convertido en un semi-salvaje.

De improviso, suspendió sus visitas al poblado, dejó de leer los diarios y de entablar discusiones políticas con su amigo John. Pasaba semanas enteras sin ver a nadie ni dejarse ver. La única evidencia de que el viejo aún vivía era la desaparición de los víveres que le dejaban en la orilla y la luz del faro que por las noches, parecía que el anciano era indiferente para el mundo. La causa de su aislamiento no era la nostalgia, sino la resignación; para él, el mundo entero comenzaba y finalizaba en su acantilado, del que se acostumbró a pensar que no abandonaría nunca, olvidando que existían otras cosas. Para hacer más hermoso el cuadro, se convirtió en un místico. Sus ojos dulces y azules miraban como los de un niño y contemplaban incesantemente el horizonte; el aislamiento y la simplicidad que le rodeaba, elemental pero infinita, le hicieron perder la noción de su individualidad; dejó de existir su "yo", para fundirse con la naturaleza que lo circundaba. No encontraba las razones, pero creía que el cielo, el agua, las rocas, la torre, los bancos de arena, las velas infladas, las gaviotas, el flujo y el reflujo, formaban una gran unidad, un alma inmensa y misteriosa, en cuyo seno se hundía, perdiendo la razón, adormilándose, olvidándose; y en tal limitación de su ser, especie de sueño y vigilia, encontró la paz alta y perfecta, a solo un paso de la muerte.

Y, como de todo sueño, tuvo que despertar.

Cierta oportunidad en que la canoa dejó las provisiones de costumbre, Skawinski, que descendió una hora de su torre, pudo notar que entre la carga usual había un paquete muy diverso, arriba del cual podía leerse, un poco más abajo de los sellos postales de los Estados Unidos, esta dirección: "Sr. Skawinski". El destinatario, intrigado, abrió el envío y vio dos libros. Tomó uno de ellos, lo miró, y volvió a dejarlo en el sobre. Sus manos temblaban como azogadas y cerró los ojos, negándose a dar fe de lo que había visto. Era como un sueño; el libro estaba impreso en polonés. ¿Qué significaría aquello? ¿Quién se lo habría enviado?

Había olvidado que, pocos meses después de entrar a ejercer sus funciones de guarda-faro, en uno de los periódicos que le prestara el Cónsul, había leído sobre la fundación de una sociedad polonesa en Nueva York, y que había enviado inmediatamente una parte de su sueldo, la mitad, a la misma. Por lo demás, no necesitaba de dinero en su torre. La sociedad como una señal de su reconocimiento, le enviaba los libros. La vía era natural; pero, en los primeros momentos, el viejo no era capaz de poner en orden sus ideas, porque en esos libros llegados hasta su torre, a su soledad, había algo de milagroso, algún soplo de épocas ya vividas; por medio de ellas oía una voz misteriosa que le llamaba por su nombre, como llamaba desde el mar a los marinos, y que tenía un no se sabe qué de muy amada.

Se quedó sentado, cerradas las pupilas, con la seguridad de que al abrirlas el sueño se desvanecería. No fue así. Allí estaba el paquete abierto delante de él. Al extender la mano para tomar un ejemplar, latía fuertemente su corazón. Miró: eran poesías. Arriba esta escrito el título con gruesos caracteres y debajo el nombre del autor, que no le era desconocido. No ignoraba que el nombre correspondía a un gran poeta de su patria, al cual había leído por primera vez en París en 1830. Durante las campañas de Algeria y España, oía hablar a sus compatriotas de la gloria creciente del artista; poco, a poco, se fue habituando al fusil y olvidó completamente los libros. En el 49 se embarcó para América y la vida aventurera que le tocó en suerte, no le deparó muchos encuentros con gente de su misma lengua. Ahora, haciendo un gran esfuerzo, con el corazón agitado, abrió la primera página, pareciéndole que, en ese instante, sobre su islote solitario, se cernía algo de solemne y misterioso.

En efecto, era un momento de calma y de silencio; los relojes de Colón daban las cinco campanadas de la tarde; el cielo era claro, sin nubes; algunas gaviotas revoloteaban por el azul; el océano parecía dormido; las olas murmuraban al expandirse dulcemente sobre la arena; en la lejanía, se abrían como sonrisas las albas casas del poblado y su macizo de palmeras. En verdad, flotaba algo de solemne, silencioso y adusto. De repente, tan augusta calma, fue partida por la voz temblorosa del anciano, que leía en alto tono para gustar mejor de esa belleza:

*Lituania, mi patria, eres como la salud!
Cuán estimable eres le sobra tan solo
aquél que te ha querido. Ves hoy tu esplendorosa
belleza y la escribe, ahora que estoy lejos de tí...*

Al lector se le murió la voz. Las letras saltaban antes sus ojos y algunas cosas se le rompían en el pecho, alzando el corazón como en alta marejada, partiéndole la voz y cerrándole la garganta... Después de un momento se repuso y leyó más adelante:

*Señora! la guardiana de nuestro Czestochewa,
que en Ostra bramaesplendes, protectora
de los castillos y sus gentes fieles
como yo, al infante que curaste
cuando la afligida madre me puso
bajo tu protección y, abierto el párpado muriente,
casi en seguida pude trasladarme a tu santuario
y dar gracias a Dios por la vida devuelta.
Así, también nos tornarás al seno de la patria.*

La ola desbordada, acababa de romper el dique de la voluntad; el viejo, sollozando, se tiró a tierra, confundidos sus cabellos de leche con la arena dorada del litoral. Hacía cuarenta años, Dios sabría si eran más que no veía su país natal ni escuchaba la lengua materna; y de repente, esta venía hasta él, atravesando el océano, volcada de un hemisferio a otro, tan amada y tan sonora.

Los sollozos que se le escapaban no era de dolor, sino de un amor que de súbito despertaba y sin el cual nada vale nada... Sencillamente, con sus lágrimas, pedía perdón a la patria siempre-amada por haber envejecido fuera de sus lindes y haberse familiarizado con su islote rocoso; en fin, de haberla olvidado hasta el punto de no sentir ni su nostalgia. Ahora que ella "volvía milagrosamente"... no era justo que el corazón se desgarrara?

Los instantes pasaban y el anciano seguía tendido. Vinieron las gaviotas, sus amigas, alborotando los ventanales del faro, como si estuvieran inquietas por la pena de su benefactor. La hora de darles el resto de sus alimentos llegó; algunas descendieron hasta donde yacía el solitario y se le sumaron muchas otras que revolotearon sobre su cabeza. El murmullo de las alas lo despertó.

Después de desahogarse a sus anchas, su rostro trasparenteaba una calma y una serenidad desacostumbradas. Sus ojos parecían los de un iluminado. Sin tener conciencia del acto, repartió todo sus víveres entre las aves, que se lanzaron voraces sobre ellos, y luego volvió a tomar su libro. El sol iba ya a morir en el otro extremo del istmo, en el fondo del otro gran océano; pero el Atlántico conservaba aún sus postreros resplandores. El aire era claro.

El viejo recomenzó su lectura:

*“Por un instante lleva mi alma nostálgica
a esas colinas arboladas y a sus verdes praderas...”.*

Pero el crepúsculo, corto como un parpadeo, le borroneó las letras en la página blanca. El anciano apoyó, entonces, su cabeza contra una piedra y cerró los ojos. Y vino “aquella que difiende la clara “Czestochwa” y llevó su espíritu a “los campos de trigo de múltiples matices”. En el cielo brillaban los largos canales rojos y dorados del crepúsculo agónico, mientras su alma se transportaba hacia la patria amada. En sus oídos sonaban los murmullos de los bosques de pino y cantaban los arroyuelos nativos. Lo veía todo como era entonces.

Todo le decía: “¿Te acuerdas?”. Y él recordó; y no solo recordó, sino que vio, las campiñas dilatadas, los mojones, las praderas, los bosques y caseríos.

Era de noche. A esa hora, habitualmente, su faro alumbraba las tinieblas del mar; pero ahora el servidor estaba en su comarca nativa; la venerable cabeza se inclinaba sobre el pecho y soñaba. Las imágenes se sucedían en tropel confuso. No veía la casa paterna, porque la guerra la había destruído; no veía a sus padres, pues estos habían muerto, siendo él muy pequeño, y lo habían dejado en la orfandad; pero sí veía su aldea, como si fuera ayer el abandono: la hilera de cabañas con las ventanas iluminadas, la represa, el molino, los dos estanques, uno detrás de otro y las ranas que croaban sus mortificantes coros. Allí en su misma aldea había montado guardia en el pretérito. Ahora este pretérito se volvía presente en una serie de rápidas imágenes. De nuevo era el centinela. Se la antojaba ver la posada, con sus brillantes ventanales, de cuyo interior salen cantos que llenan la noche de pataleos, acompañados por dejos de violines y bajos: “Ou-ha! Ou-ha!”. Eran los lanceros que avivaban la lumbre con sus espadas de acero, mientras él se aburría solo sobre el caballo, las horas pasan lentas; se apagaban las luces y se levanta la bruma, la bruma inmensa. El vapor se levanta de las praderas y abraza luego el mundo entero con su blancura. Al verla aquí, podría decirse: es el océano. Pero son solo las praderas. Dentro de poco se oirán relinchos de caballos en las tinieblas y los abejones zumbarán en torno a los rosales. La noche es tranquila y fresca, como todas las noches polonesas. A lo lejos se mecen los pinos, sin ser tocados por el viento, como si fueran una ola de mar. No tardará el alba en inundar de luz blanca el horizonte. Y, en efecto, se oye cantar los gallos escalonadamente, como si se fueran pasando la voz de un gallinero a otro; las grullas graznan en lo alto. El lancero está alerta y es vigoroso. Ayer, no más, se hablaba de un combate. Hoy se lanzará el mismo, como lo harán los otros, gritando con la lanza en ristre. La sangre joven es como las trompetas que la noche silencia; pero ahora vino el alba, ¡el alba! La noche cae derrotada: los bosques, las hileras de cabañas, el molino, las gentes. Todo va apareciendo como saliendo de la sombra. ¡Cómo es de hermosa y querida esta tierra a la hora en que la tiñen las rosas de la aurora!

Silencio. El centinela, alerta, siente que alguien se aproxima. Debe ser el relevo.

De repente una voz repereute en los oídos de Skawinski:

El anciano abre los ojos y ve, sorprendido, un hombre delante de él. Los restos del sueño luchan en su mente contra la realidad. Después se esfuman las visiones y ve, de pie, a Jonh, el guarda del puerto.

—¿Que es lo que tienes?... ¿Estás enfermo?

—No!

No has encendido el faro. Te van a despedir por eso. “El San Jerónimo” naufragó; pero, felizmente, no hubo ninguna víctima. No te seguirán juicio.

—Acompáñame!... En el consulado te informarán el resto...

El viejo palideció! No había encendido el faro!

Días después se veía a Skawinski a bordo de un navío que salía de Colón con rumbo a Nueva York: el desdichado había perdido el puesto. Las rutas del vagabundaje se abrían de nuevo ante sus ojos. El viento arrojaba de nuevo la hoja sobre tierras y mares, maltratada según sus caprichos.

Pero la víctima tenía los ojos llenos de fuego, porque, para las nuevas derrotas, tenía el libro que descansaba sobre su pecho y apretaba de vez en cuando con la mano. Por que le daba miedo perderlo, como perdiera todas las cosas amables de la vida...

FIN